

2º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,29-34.

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

-Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo dije: «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo.» Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo:

-He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:

-Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo.

Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

EL CAMINO HACIA DIOS

Finalizado el tiempo de Navidad en el que hemos celebrado el nacimiento de Jesús, comenzamos el tiempo ordinario. Un tiempo en el que a lo largo del año litúrgico iremos conociendo la vida y el mensaje de Jesús y de forma especial durante la Cuaresma y la celebración de la Pascua.

Hoy el Evangelio, en boca de Juan el Bautista, nos quiere hablar de Jesús. Su estilo metafórico quizás nos dificulte su comprensión. Por ello, no sin un cierto atrevimiento, pero en cualquier caso ateniéndonos estrictamente a los evangelios, podríamos caracterizar a Jesús, utilizando un lenguaje más actual. En primer lugar podríamos decir, que fue un hombre de carne y hueso que nació y vivió en un lugar y en un momento histórico concreto.

Podríamos decir también que fue un hombre libre que se lanzó por los caminos a predicar el reino de Dios sin dinero, sin poder y sin amigos influyentes. Únicamente con la fuerza sola de Dios, con su palabra y su vida. Detrás de Él no había intereses ni fuerzas ocultas, ni partido, ni sindicato, ni iglesia. Fue un hombre pobre. Pudo decir aquello de que «*los pájaros tienen nido y las zorras madrigueras, pero que él no tenía donde reclinar la cabeza*».

También que fue un hombre acogedor. Lo dijeron sus primeros discípulos y la samaritana y la adultera y Nicodemo y Zaqueo y la Magdalena y los niños. Su debilidad fueron los pobres y los pequeños, los enfermos y los pecadores. «*Encontrarse con Jesús fue para muchos una experiencia definitiva*», tal es así que de ahí nace el cristianismo. La salvación de Jesús empieza a ese nivel de «*amigo que acoge, comprende y perdona*».

Las tres cosas que más vigorosamente rechaza son el dinero, el poder y la hipocresía de los fariseos. Busca directamente a la persona y en ella la sinceridad y la bondad del corazón. Para Jesús, «*las personas son lo más sagrado*», más que el sábado y la ley. Sin contar a Dios, claro.

Jesús predica, pero antes hace. «*Vive lo que dice*» y cuando las cosas se ponen mal no se calla. Supo asumir dignamente el dolor y la muerte. Era sencillo, humilde, parecía poca cosa, pero era recio y paciente. Predicaba el reino de Dios que es «*paz, fraternidad, libertad, justicia, perdón y, sobre todo, amor*». Y todo lo explicaba desde Dios que es nuestro Padre.

No obstante, tras este comentario, no podemos dejar de comentar el texto del Evangelio que leemos este domingo. Es un texto del que podemos decir que es un resumen del «*sentido de la misión de Jesús*» y que nos pone en la tesitura de discernir «*quién es Jesús para nosotros*».

Juan el Bautista presenta a Jesús como «*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». Quizás no sea fácil para las personas de hoy asumir la realidad de estos términos. Sin embargo son fórmulas que repetimos en la «*liturgia de la Misa*» y que por tanto resulta conveniente profundizar en su significado.

Cordero de Dios, es una expresión que se corresponde con la de «*Siervo de Dios*», un término acuñado tiempo atrás por el profeta Isaías. Jesús sería «*el enviado, luz de las naciones, para que la salvación de Dios alcance a todas las personas*». Sin embargo, este Salvador, el Mesías que esperaba aquel pueblo, escoge un camino no de poder e imposición, sino de «*servicio*».

La «*metáfora del cordero*» quizás nos suene demasiado a animal paciente, sin fuerza, sin lucha, destinado al sacrificio. Pero su significado no es otro que el que Jesús llevó adelante su misión «*haciéndose servidor*». No fue el toro que embiste, sino el cordero que se entrega. Y «*este camino de servicio, de darse, de ser último, continúa siendo el camino para nosotros, sus seguidores*».

«*Que quita el pecado del mundo*» es otra frase que pide aclaración. «*Que su camino es de victoria*», «*que conduce a la vida*», es lo que quiere significar esta expresión. Vence no sólo el pecado individual sino todo aquello que de mal hay en el mundo, ese mal del que ninguno de nosotros nos podemos librar de sufrir sus consecuencias.

Jesús anuncia un Reino en el que todo mal será vencido y esta es precisamente su Buena Noticia. Por ello, el que yo sea cristiano implica trabajar para que en mi vida, y consiguientemente en la del mundo, haya «*más verdad, más amor, más justicia, más bondad*».

«*Es Cristo quien nos bautiza con Espíritu Santo*». Un bautizo que vence al pecado «*si nos sumergimos en Él, si creemos en Él y le seguimos*». Pues aun sabiéndonos pecadores y tocados por el mal del mundo, «*creemos*» que «*el Espíritu de Dios, que está en Él y que Él nos comunica, nos salva*».



La salvación de Jesús es una experiencia de vida, y como toda experiencia no es fácil de expresar, se vive. «*Uno siente*» que lo que dice Jesús y lo que hizo Jesús es el buen camino para «*cumplir con los designios de Dios*».

Uno siente y trata de vivir, que imitando a Jesús y lo que hizo Jesús, «*la persona puede en el mundo actual vivir, actuar, sufrir y morir realmente como persona, sostenido por Dios y ayudando a los demás en la dicha y en la desdicha, en la vida y en la muerte*»

No estamos pues solos. «*No luchamos únicamente con nuestras fuerzas*». Cuando pretendemos hacerlo nos vemos tentados a escoger caminos de poder, de imposición, de hipocresía..., que no son los de Jesús. Luchamos pues con «*esperanza*», porque creemos que el Espíritu de Jesús, «*el Espíritu de Dios, es el que lucha con nosotros y el que nos conduce hacia el Reino de Dios*». ¡Que así sea!